

la lista civil. ¡Ah! se me pasaba hacer á V. E. una recomendación: todos esos extranjeros que están al servicio de mi gobierno deben ser considerados al mismo tiempo que las pensiones de la Emperatriz. ¡Qué dirían de nosotros y del país si no les pagásemos!

El ministro recogió sus papeles, hizo una profunda inclinación y salió reculando del gabinete del Emperador.



## CAPITULO XXVII

### EL BRUTAL DECRETO DE 3 DE OCTUBRE

**G**ABINETE militar del Emperador.—Palacio imperial de México, Junio 24 de 1865.—*Nota que deberá comunicarse al señor comandante en jefe del ejército francés.*

S. M. el Emperador ha decidido que, en lo futuro, las sentencias pronunciadas por las cortes marciales **NO LE SEAN COMUNICADAS.**

La justicia seguirá su curso regular, y *S. M. no quiere de ningún modo intervenir en sus decisiones.*—El jefe del gabinete militar, C. LOYSEL.»

Esta nota había sido dispuesta por Maximiliano en los momentos de haber vuelto de Puebla, Orizaba y demás ciudades de Oriente en donde había sido tan agasajado por los mexicanos y en la tarde misma que se regocijaba de la espléndida recepción que le había hecho la capital y de haber viajado con una libertad y una confianza que no podían tener en sus pueblos respectivos los viejos soberanos de Europa;



en los instantes también en que iban á prepararse nuevas fiestas en Palacio con motivo de los matrimonios y ceremonias bautismales de los hijos de los magnates.

Esa pequeña nota era como la preparación del decreto de 3 de Octubre que ya maduraban él y Bazaine, según otros muchos documentos históricos que están publicados.

Desde fines de Febrero del mismo año, al punto mismo de recibir una correspondencia del interior, había corrido al departamento de Carlota con un papel impreso en la mano, el cual le leyó después de cerrar todas las puertas. Decía así:

«Cuerpo Expedicionario de México: 1ª División de Infantería, Estado Mayor:

«El general de Castagny, mandando la 1ª división del ejército Franco-Mexicano.

«En virtud del decreto constituyente del general en jefe, espedido en 20 de Junio de 1863; en virtud de las órdenes de S. M. el Emperador Maximiliano, y usando de las facultades que le estan concedidas, decreta:

«Art. 1º Queda establecida una corte marcial en Mazatlán.

«Art. 2º Dicha corte queda investida de facultades discrecionales para sentenciar sin apelación, á toda persona que pertenezca á las gavillas de malhechores armados.

«Art. 3º Dicha corte pronunciará sus sentencias á mayoría de votos y en la misma sesión.

«Art. 4º Las sentencias se ejecutarán dentro de las veinticuatro horas, contando desde el momento en

que se pronuncien.—DE CASTAGNY, general en jefe de la 1ª división.»

(Se sabe que con el nombre de *malhechores*, el general queria designar á los mexicanos que no habían aceptado el gobierno de Maximiliano).

Carlota se puso densamente pálida con la lectura de esta bárbara ley y no pudo menos que exclamar:

—Pero es lo mas atroz que pudo haberse discutido.

—Bazaine, que acaba de venir á enseñarme una copia igual, opina de distinta manera.

—¿Dice que no es una atrocidad eso?

—Es decir, afirma que es el único medio que hay para conseguir la destrucción de las guerrillas.

—Pero esa ley tiene que aplicarse á todos.

—Fíjate en que habla solo de malhechores armados.

—Pero ¿quién hace la distinción? Si el mismo Juárez cae en poder de las cortes marciales, será declarado malhechor.

—Juárez no anda armado, y en todo caso si él cayera...

—Ya comprendo. Entonces Corona, Régules, Negrete, Porfirio Diaz, todos los demás que traen tropas...

—Ese era el argumento que yo hacía á Bazaine y él me lo deshizo inmediatamente manifestándome que cuando se fusile á esos comandantes la paz quedará establecida.

—Surgirán otros.

—Es imposible: el temor por una parte y la falta de cabecillas por otra, hará que los que andan arma-



dos vuelvan á sus casas y el imperio podrá afirmarse sobre bases sólidas.

—De modo que no se desaprobará esa ley, de modo que tendrá que regir en Mazatlán.

—Y en todas partes. Solo espero que vuelva Eloin y me traiga noticias de Europa para lanzar el desafío que esperan los rebeldes. Lo único, que desapruebo, hasta cierto punto, es la pena de azotes impuesta por De Portier en Morelia.

Carlota se quedó pensativa y Maximiliano se volvió á su despacho alzando cuidadosamente en una gaveta aquel papel impreso que le trajo preocupado por algunos días y del cual no cesó de hablar con sus consejeros, pidiéndoles con frecuencia su opinión de manera que aprobaran el pensamiento de que solo se necesitaba la menor oportunidad para decretar medidas generales que tuvieran alguna semejanza.

Las fiestas de Palacio se alternaban con las buenas y las malas noticias de la guerra que seguía incesante por toda la República, cuando el día 14 de Agosto recibió Maximiliano un mensaje de su querido Eloin que había llegado á Veracruz.

Eloin era un personaje repugnante para todos, menos para el archiduque, al cual tenía sujestionado, sobre todo cuando estaba cerca: esto es, Maximiliano, tampoco lo amaba, pero lo oía con gusto porque era un adulator insinuante que conocía las flaquezas del príncipe y las alhagaba con habilidad.

Carlota también detestaba á Eloin, pero se había aliado á ella contra Bazaine y tenía que reconocer que era un intrigante útil por su astucia y por la influencia decisiva que ejercía sobre Maximiliano.

Cuando supo que iba á llegar, murmuró:

—Ya está ahí ese hombre que acaso va á arrebatarme á mi marido precipitándolo en los devaneos; pero es el único que puede salvar el trono.

Como se ve la princesa tenía una confianza inmensa en el favorito del Emperador.

Maximiliano fué á recibirlo con su comitiva y después que entraron en Palacio se encerró con él en su gabinete privado.

—Y bien, Eloin, le dijo después de haber estrechado otra vez sus manos entre las suyas, cuéntame brevemente cómo te ha ido.

—Mi misión con el Papa fracasó completamente: es un viejo zorro á quien no se le puede arrancar una promesa formal sobre nada. Todo se ha vuelto mandar bendiciones á V. M.

—Ya sabía yo que nada podría conseguirse. Se nos adelantó el obispo Munguía y Meglia ha estado en constante correspondencia con los cardenales.

—Yo traigo algunas copias de sus cartas.

—No necesita escribirlas más, porque se ha ido para informar verbalmente contra nosotros. Ni siquiera se despidió de la Corte. ¿Y Napoleón? ¿Qué dice Napoleón que es el que más nos importa?

—S. M. el Emperador de los franceses está á punto de retirarnos su protección.

—¿Qué es lo que estás ahí diciendo? preguntó Maximiliano perdiendo el color al oír tales palabras.

—Lo he sondeado y veo que está rodeado de influencias que nos son adversas; pero sobre todo tiene un miedo cerval á los yankees.

—Cuéntame, cuéntame todo lo que te haya dicho.



—Me dijo que la diplomacia americana estaba muy empeñada en que retirara de aquí sus tropas y que aunque se la entretenía con promesas vagas, tenía que llegar un momento en que las exigencias se volvieran más terminantes.

—¡Y qué! ¿No es poderosa la Francia? ¿No cuenta con la alianza de España, Austria y Bélgica?

—Me dejó entender que apuntaban ciertas complicaciones europeas.

—¿Con Alemania?

—Con Alemania. Bismark es un diplomático terrible.

—También Napoleón los tiene y después de sus triunfos en Italia no puede temer á potencia alguna.

—No las teme; pero desea no tener ocupada su atención también en América. Sobre todo, se le hace ya gran oposición en el parlamento francés á causa de México y es lo que más le tiene disgustado.

—De manera que, ¿cuál ha sido su última palabra?

—Su última palabra todavía no la ha dicho. A mí me dijo que debíamos estar tranquilos, que aunque fuera de un modo indirecto, en caso de que las circunstancias se hicieran apremiantes, siempre nos tendría tendida una mano....

—No comprendo.

—Esto es: que no retirará sus tropas sino cuando ya crea imposible tenerlas aquí más y que en tal caso lo hará paulatinamente.

—¿Eso ha ofrecido?

—Eso ha ofrecido; pero no hay que creer mucho en sus promesas.

—¿Por qué?

—Porque tan luego como termine del todo la guerra en los Estados Unidos, que á estas horas sabemos bien ha terminado, el gobierno americano traducirá en hechos sus exigencias.

—¿Sería posible?

—A lo menos se lo supone el Emperador.

—¿Lo ha dicho?

—No lo ha dicho, me lo ha dejado entender. Por otra parte, dice que la guerra en México está saliendo muy costosa para la Francia.

—¿No le hemos dejado más de la mitad de los empréstitos?

—Sí, pero dice que ya no podremos conseguir más dinero de aquí en adelante y que de todas maneras la deuda francesa se quedará insoluble si no la garantizamos con la Sonora.

—¿Habla aún de la Sonora?

—Con más empeño que nunca. Dice que sería el medio único que lo resolviera á arrostrar con la oposición de su parlamento y con el enojo de los Estados Unidos.

—¿Pero no le dijiste que juré no enajenar ni una pulgada de territorio mexicano?

—Se lo dije y me contestó que V. M. no cambiaría un imperio por un pedazo de tierra que para nada le sirve.

—¡Un pedazo de tierra más grande que la Francia!

—En fin, no veo que S. M. Napoleon III esté pisando en terreno muy sólido.

—¿Y en las demás cortes?

—Todas las visité y todas están en el mejor sentido, haciendo votos por el bienestar de SS. MM.



—Pero yo no quiero votos sino auxilios en dinero y hombres.

—Dinero no será ya fácil sacarles. Hombres vendrán todos los que se paguen.

—Está bien. Anda á descansar que mucho lo necesitas y después me referirás los incidentes y las impresiones de tu largo viaje. Mucho te he extrañado y mucha falta me has hecho.

Estas palabras las dijo ya levantado y tendiendo la mano á Eloin que este llevó á sus labios respetuosamente.

Se despidió ofreciéndole dedicar todo cuanto valía á su servicio y se dirigió luego á su alojamiento rodeado de las muchas personas que lo adulaban como favorito que era del soberano.

—A los pocos dias dió cuenta más pormenorizada Eloin de su misión llevada á Europa y terminó aconsejando un viaje á Maximiliano.

—Es conveniente que vean á V. M. en todas partes: las gentes de esta raza y de estas tradiciones se impresionan fácilmente hablándoles y haciéndoles ofrecimientos aunque no se cumplan. Acostumbrados todos á la servidumbre son por naturaleza supersticiosos y monarquistas; pero es fuerza enseñarles el ídolo que tienen que adorar. A Pedro de Alvarado llegaron á considerarle como un semi-dios porque era rubio: V. M. será visto como un verdadero Dios sin más trabajo que exhibirse por todas partes.

Y Maximiliano salió con su séquito el 24 recorriendo todos los pueblos desde Texcoco hasta Tulancingo.

Maximiliano estuvo de regreso en México para las fiestas de Septiembre en que hubo discursos, erección

de monumentos y gastos y honores para la familia de Iturbide que yacía en la oscuridad.

Entre todos aquellos regocijos Maximiliano se encontraba con una preocupación fija que era la de establecer el terror como medio seguro de acabar con las guerrillas republicanas, y con verdadera satisfacción, con inmenso júbilo se impuso en aquellos días de la nota siguiente:

“Cuerpo expedicionario de México.—Estado Mayor general, Septiembre 21 de 1865.

Mi querido Loysel:

El Mariscal ha recibido ayer un despacho telegráfico en el cual se dice que en Sonora y Sinaloa la situación mejora más y más. Juárez *habría* dejado el territorio mexicano, atravesando la frontera en Paso del Norte, dirigiéndose á Santa Fé.—Su afectísimo, H. LOIZILLON.”

En el acto mandó llamar al jefe de su gabinete y poniéndole el papel ante los ojos le dijo complaciente:

—Lee eso.

—¿Será posible? exclamo Eloin después de imponerse de la pequeña nota.

—No cabe la menor duda: Juárez nos abandona el campo.

—Pues entonces ahora es tiempo de plantear en todo el país el decreto de Castagny: los rebeldes ya no tienen gobierno, ya no tienen tampoco bandera, no son más que bandidos y como á tales debe tratarseles.

—Ese mismo es mi pensamiento; pero se opone la Emperatriz.